

«Inma Rubiales tiene el poder de romper y recomponer mi corazón al mismo tiempo. Es una novela que despertará sentimientos en todo el que la lea» **Flor M. Salvador**

Hasta que nos quedemos sin estrellas

An illustration of a man and a woman standing in a dark blue, starry night sky. The woman on the left has her hair blowing in the wind and is wearing a white tank top and dark pants. The man on the right is wearing a white t-shirt and dark pants. The background is filled with small yellow stars and faint, wispy lines.

Inma Rubiales

Inma Rubiales

Hasta que nos quedemos
sin estrellas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Inmaculada Rubiales Valero, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2022

Depósito legal: B. 320-2022

ISBN: 978-84-08-25296-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

LA CONSTELACIÓN DE ANDRÓMEDA

Maia

En mi habitación todavía hay una cama vacía.

También conservo las estrellas pegadas en el techo. Mi constelación favorita, Andrómeda, está justo sobre mi cama. Recuerdo la leyenda porque mi hermana solía contármela todas las noches, pero ahora intento no pensar en ella.

Son exactamente las 9.58 h de la mañana y faltan dos minutos para que suene el despertador. Casi no he dormido esta noche. Me han despertado los primeros rayos de sol que se han colado entre las cortinas y llevo mirando el techo, en silencio y con la cabeza en otra parte, desde entonces. No dejo de preguntarme por qué no las he quitado. Han pasado siete meses desde el día 9 de agosto, cuando me prometí que lo haría.

Pero las estrellas siguen ahí.

No me enteré hasta que vi las noticias. Accidente múltiple, ocho muertos, una decena de heridos. Nunca he sido buena con las matemáticas, pero sabía que era probable que mamá y Deneb ya hubieran pasado ese tramo de carretera cuando ocurrió. O que, como mucho, ambas estuvieran entre los heridos. No concebía otra alternativa.

Seguí aferrándome a los porcentajes más favorables incluso cuando me llamaron del hospital.

Suspiro y estiro la mano para apagar el despertador. Después me levanto de la cama y arrastro los pies hasta el baño. Como anoche no me desmaquillé, tengo unas aureolas de rímel en torno a los ojos que me hacen parecer un mapache. Me lavo la cara

y me recojo el pelo en una coleta. Tengo los músculos cansados y me faltan fuerzas para moverme con normalidad.

Las cortinas de la bañera están en el suelo porque mamá las tiró hace una semana y aún no he sido capaz de volverlas a colgar. Ya no queda pasta de dientes, así que tendré que pasarme por el supermercado antes de ir a trabajar. No recuerdo cuándo abrí el frigorífico por última vez, pero espero que tengamos algo para desayunar, al menos, porque no me apetece recorrerme toda la ciudad sin haber comido nada.

Vuelvo a mi habitación para cambiarme y hacer la cama. Ayer dejé mi cuaderno abierto sobre el escritorio, pero prefiero no saber lo que escribí. Estaba tan cansada que todos mis recuerdos están borrosos. Les echo un último vistazo a las estrellas del techo y a la cama en donde dormía Deneb, y cojo una profunda bocanada de aire antes de salir de mi cuarto. Quería retrasar este momento tanto como fuera posible, pero no puedo seguir encerrada eternamente.

Bienvenidos, un día más, a la maravillosa vida de Maia Allen.

Aunque son las diez de la mañana, la casa está completamente a oscuras porque alguien ha echado las cortinas. Cierro cuidadosamente la puerta detrás de mí y enciendo la luz del pasillo. Escucho el suave murmullo de la televisión y veo reflejos azules sobre la pared del salón. Parece el escenario de una película de terror, pero quien me espera en la sala de estar no es un enorme monstruo marino, como en la leyenda de Andrómeda, sino mi madre.

Lo primero que hago es abrir la ventana y descorrer las cortinas. Detrás de mí, mamá suelta un gemido. Cuando me vuelvo a mirarla, siento una presión en la garganta que casi no me deja respirar. Está tirada en el sofá, durmiendo a pierna suelta, con la ropa descolocada y el pelo enmarañado. Hay bolsas de frituras y latas de cerveza en el suelo. La escena me revuelve el estómago y un sentimiento de culpa se me cuele en las entrañas.

Ayer trabajé hasta tarde. Los viernes por la noche el bar se pone hasta arriba y no volví a casa hasta las tres de la madrugada. Mamá aún estaba sobria cuando entré por la puerta. Intenté que se fuera a la cama, pero me aseguró que lo tenía todo controlado. Sabía con certeza que estaba mintiendo, porque nunca

tiene nada «bajo control», pero estaba demasiado cansada para discutir.

Debería haber insistido más.

—Mamá —le susurro sacudiéndola con suavidad. Emite un quejido y aprieta los párpados—. Vamos, voy a llevarte a la cama.

Asiente, sin abrir los ojos, y se deja hacer. Huele tanto a alcohol que me escuecen los ojos. Meto un brazo por debajo de su cuello y consigo a duras penas que se siente en el sofá. Después, hago uso de todas mis fuerzas para levantarla. Es un alivio que parezca dispuesta a colaborar. Me paso uno de sus brazos sobre los hombros y la arrastro lentamente hacia el pasillo.

Hacer esto me resulta más fácil ahora que hace unos meses. Me duele pensar que puede estar convirtiéndose en una costumbre.

—No deberías dormir en el sofá —la riño en voz baja al notar lo mucho que le cuesta andar. Seguro que tiene un dolor de espalda considerable.

—Se me hizo tarde —se limita a decir, y mastica su saliva, como si tuviera la boca pastosa. Pasamos junto a mi habitación y mira la puerta, que está cerrada—. ¿Está tu hermana ahí dentro? Necesito que vaya al... supermercado, sí. Ya no queda cerveza.

Noto una punzada en el pecho. Está peor de lo que pensaba. Por mucho que intento que no se me llenen los ojos de lágrimas, es inútil. Pestañeo para disimularlo y suspiro con alivio cuando por fin entramos en su dormitorio.

Mamá se deja caer sobre la cama rendida, me las apaño para quitarle los zapatos y luego la cubro con la manta para que no coja frío. Vuelvo un momento a la cocina para coger un vaso de agua y una pastilla, y dejo ambas cosas sobre la mesilla.

—Tómatala cuando te despiertes —le digo.

Voy a marcharme, pero me agarra del brazo para impedirlo. Cuando habla, tiene los ojos casi cerrados y su voz es un susurro.

—Gracias, Deneb.

Trago saliva.

—Descansa, mamá.

Salgo de la habitación y cierro la puerta. Aún siento una dolorosa presión en el pecho, pero ya no me quedan lágrimas.

Creo que una parte de mi madre murió el día del accidente. La otra sigue aquí, autocompadeciéndose. Antes trabajaba como

cocinera en un restaurante de comida rápida, pero la despidieron y ahora quiere que me crea que está buscando trabajo cuando ambas sabemos que no es así. Se pasa todo el día en casa yendo del sofá a la cama. A veces, cuando nos sentamos juntas para cenar, me habla sobre el chico que provocó el accidente.

Solo tenía dieciséis años. Había salido de fiesta con sus amigos. A beber. Creyó que estaba lo suficientemente sobrio como para conducir y meterse en la carretera. Su imprudencia acabó metiéndolos a sus amigos y a él en un ataúd. Me gustaría decir que siento lástima, porque tenía toda la vida por delante, pero estoy vacía. Ese chico destruyó a mi familia.

Mi hermana solo tenía veintidós años cuando sucedió. También tenía una vida que vivir.

Me tiemblan las manos cuando me pongo a recoger el salón. Cojo una bolsa de basura y tiro todas las latas de cerveza y los restos de los snacks que mamá estuvo picoteando. También apago la televisión. Luego regreso a la cocina y me lavo las manos con ganas, como si pudiera borrar de mi piel los recuerdos de este momento y sacarlos así de mi mente, pero es imposible.

Cuenta la leyenda que Casiopea, la reina de Egipto, era tan bella y vanidosa que se consideraba superior a las ninfas marinas. El dios Neptuno, furioso, envió a una bestia a su país. La única forma de aplacar su ira era ofrecer a Andrómeda, la princesa, al monstruo. La ataron a una roca en la playa y la obligaron a cumplir con un castigo que no le pertenecía.

Cuando Andrómeda creía que se avecinaba el final, oyó el fuerte sonido del viento y Perseo, un semidiós montado sobre su caballo alado, llegó para rescatarla.

Supongo que mamá y yo nos parecemos a Andrómeda y a Casiopea; solo que es ella quien ha sucumbido ante el monstruo y yo soy la única que puede mantenerla a flote. En el mundo real no existen los semidioses. Tampoco hay nadie que vaya a venir a rescatarte.

Cojo mi móvil, mis llaves y un poco de dinero, y le echo un rápido vistazo al frigorífico antes de salir de casa. No me apetecía ir al supermercado, pero he cambiado de idea. Necesito salir de aquí lo antes posible. Bajo apresuradamente los escalones del porche y miro al cielo, que se ha llenado de nubes.

Cuando intento abrir el coche, me doy cuenta de que anoche no me acordé de cerrarlo y maldigo entre dientes. Vivimos en un pueblo pequeño y conocemos a todos los vecinos, pero no me gusta pecar de confiada. Me acomodo sobre el asiento del conductor y arranco el vehículo. Cuando miro por el espejo retrovisor para salir del aparcamiento, grito con tanta fuerza que mi voz resuena por todo el vecindario.

Hay un chico durmiendo en mi coche.

CONOCIENDO A LIAM HARPER

Liam

Suspiro y aprieto con fuerza el volante. Aparqué frente a mi casa hace veinte minutos y me sorprende que nadie haya venido a sacarme de aquí. La música suena con tanta fuerza ahí fuera que la oigo incluso desde dentro del coche. No tengo que preocuparme por si el ruido molesta a los vecinos; conociendo a mamá, seguro que ha invitado a toda la urbanización.

Mi móvil se ilumina sobre el asiento del copiloto. Adam lleva enviándome mensajes sin parar desde esta mañana. Sobra decir que ni siquiera los he leído. En realidad, no he usado mi teléfono en todo el día. Lo puse en silencio esta mañana, adelantándome al inminente aluvión de notificaciones que se venía encima. Estoy seguro de que tengo miles de menciones en Twitter e Instagram.

Liam Harper cumple años y sus seguidores le envían felicitaciones desde todas las partes del mundo.

Y no siento nada.

Cumplir diecinueve no tiene nada de especial. Cuando tenía dieciséis, soñaba con ser mayor de edad porque creía que me convertiría en un «adulto» y que mi vida daría un giro de ciento ochenta grados. Tendría más libertad, saldría con chicas, entraría en las discotecas y podría beber alcohol y fumar siempre que me apeteciera. El problema es que, ahora que hago todo eso, mi vida es tan miserable como antes. O incluso más.

Finalmente, decido desbloquear el móvil por primera vez en todo el día. Gracias a las capturas de Adam, compruebo que, en efecto, mi nombre arrasa en Twitter. Me han escrito cientos de *tweets* para desearme un feliz cumpleaños. No recuerdo cuán-

tos recibí el año pasado, pero las cifras deben de haber caído en picado, porque Adam acompaña a la imagen con un reproche:

«Serían más si no llevaras desaparecido todo el día».

Odio que siempre tenga razón.

Adam entró en nuestras vidas cuando mamá contrató a un nuevo director de Comunicación para su empresa. Es diseñadora y su marca ya es conocida dentro y fuera de Inglaterra. Cuando estás en el punto de mira, es importante cuidar tu imagen. Se suponía que Adam venía solo a asesorarla, pero de alguna forma acabó casándose con ella.

Ahora es mi padrastro. También conserva su puesto como nuestro «agente» y, desde que me hice un nombre en YouTube, no hay forma de que me deje en paz. Si por mí hubiera sido, habría mantenido mi identidad en secreto; me hubiera gustado ser solo un chaval cualquiera que sube tonterías a internet, pero supongo que era mucho pedir. Mamá vio en mí una oportunidad para ampliar su público y, desde hace unos años, todos mis suscriptores saben que soy su hijo. Incluso ha aparecido en algunos de mis vídeos.

Cualquier mancha en mi imagen repercutiría negativamente en la suya; por eso Adam me recuerda constantemente cómo debo actuar y lo que jamás, en ninguna circunstancia, tengo que hacer. Está tan obsesionado que me extraña que haya tardado tanto en reprocharme que mis redes sociales lleven muertas desde hace horas.

Sinceramente, lo que menos me apetece ahora mismo es sonreírle a la cámara. No obstante, sé que no tengo otra alternativa, así que me echo un vistazo en el espejo retrovisor y me paso una mano por mi mata de rizados para despeinarme. Después, enciende las luces interiores, saco el móvil y le doy a grabar.

Solo tardo treinta segundos. Estoy tan acostumbrado que me sale a la primera. Saludo, agradezco a mis seguidores todas sus felicitaciones y me despido con una sonrisa encantadora. Publico el vídeo en mis stories de Instagram y entro en Twitter para dar «me gusta» a algunos mensajes de mis suscriptores. Todos me parecen iguales y no me molesto en leer ninguno hasta el final. Cualquiera que supiera esto último pensaría que soy un capullo. Bien. Tendría razón. Lo soy, ¿y qué? La vida real es esta. Ninguna

de esas personas me conoce de verdad. ¿De qué me sirve tener millones de seguidores en internet si a la hora de la verdad me encuentro completamente solo?

Me miro al espejo una vez más, me ajusto el cuello de la sudadera y fuerzo una de mis mejores sonrisas antes de salir del coche. Vivimos en una urbanización privada en Londres, y los muros que rodean la propiedad miden más de dos metros. No dejo de preguntarme para qué sirven, porque no han evitado que mi casa esté llena de extraños esta noche.

No me cuesta pasar desapercibido. Camino rápido entre la gente, sin mirar a nadie, y suspiro de alivio cuando distingo una cara conocida en medio de la multitud. Em es una mujer de complejión atlética que tiene unos brazos el triple de anchos que los míos. Se encarga de la seguridad en todos los eventos de mamá. Como va vestida con uniforme, dudo mucho que haya venido a disfrutar de la fiesta.

—Llegas tarde —me espeto con seriedad cuando me acerco. Le dedico una sonrisa engreída.

—Lo mejor se hace esperar.

Dentro la música suena más fuerte. Si yo hubiera organizado esta fiesta, habría contratado un equipo de iluminación para darle más ambiente. Mamá ha preferido dejar encendidas las arañas que cuelgan del techo, dándole al evento un toque sofisticado que deja entrever cuáles son sus intenciones. Mi cumpleaños es solo una oportunidad más para reunir a socios e *influencers* con los que podría colaborar en un futuro.

Me pregunto si a nuestros invitados también les parecerá un muermo de fiesta. No me sorprende ver móviles en el aire; normalmente, juntarse con otras personalidades de internet es sinónimo de grabar hasta el más mínimo detalle para subirlo a las redes. Distingo las caras de algunos *youtubers* conocidos a los que Adam me recomendaría acercarme, pero no estoy de humor. Mi salón está a rebosar y no veo a ninguno de mis amigos.

Ninguna de estas personas ha venido a verme a mí.

Antes eso no me habría importado. El Liam de hace un año habría entrado aquí haciendo el payaso y se habría ganado a pulso a todos los asistentes. Después se habría largado a una discoteca con sus amigos y se habría despertado a la mañana siguiente

borracho en la cama de cualquier chica que hubiera conocido la noche anterior. Se habría marchado a su casa para plantarse frente a la cámara y soltar tonterías, y luego el proceso se repetiría. Un día tras otro, tras otro, tras otro. Hasta que dejase de tener sentido.

Este año, mis diecinueve han coincidido con que he alcanzado los doce millones de suscriptores en YouTube. Adam me propuso que lo celebráramos por todo lo alto y me negué rotundamente. Solo quería que el mundo me dejara en paz durante unos días, y lo que he conseguido en su lugar ha sido esto.

Aunque se me acercan algunos conocidos, no me paro a saludar y voy directamente al patio trasero. Una ráfaga de aire frío me recibe bajo un cielo en el que no brillan estrellas. Tomo una profunda bocanada de aire, como si hubiera estado ahogándome ahí dentro.

—¿Y ahora te dignas aparecer? —Alguien resopla a mi espalda—. Capullo. Tienes a tanta gente besándote el culo que no te pienso felicitar.

Por primera vez en toda la noche, la sonrisa que se forma en mi rostro es de verdad.

Evan es mi mejor amigo desde que tengo memoria. Somos como hermanos. Estuvo conmigo cuando creé mi canal de YouTube y, tras haber aparecido en muchos de mis vídeos, se animó a hacerse uno también. Hace poco alcanzó los siete millones de suscriptores. Puede que no haya crecido tan rápido, pero crea contenido de calidad y se siente orgulloso de sus logros. También lidia con esto de la «popularidad» mucho mejor que yo. Cada día estoy más seguro de que ha nacido para esto.

Me vuelvo hacia él y dejo que me estreche entre sus brazos hasta que casi me crujen los huesos. Luego le doy un empujón riéndome e intercambiamos un par de puñetazos de broma.

—¿Qué, cómo se siente tener diecinueve? —pregunta. Acto seguido, me mira de arriba abajo—. Me he llevado una decepción, tío. Pareces igual de gilipollas que ayer.

—Me sentiría mejor si tuviéramos alcohol.

—Pues claro que tenemos alcohol. —Me agarra del brazo para que nos movamos. Cuando nota que no dejo de mirar alrededor, hace una mueca—. Sabes que respeto mucho a tu madre,

pero sus amigos me dan mal rollo. He visto a una tía vestida como un periquito.

—Al menos ellos sí se duchan.

—Tío, deja de atacarme.

Vuelvo a sonreír. Hace unos meses, a Evan se le ocurrió pasarse una semana sin pisar la bañera y subirlo a internet. Sobra decir que a sus seguidores no les gustó tanto la idea.

—Hablando de mi madre, ¿sabes dónde está? —Es imposible localizarla entre la multitud.

Niega con la cabeza.

—No, pero antes he visto a Adam hablando con Michelle.

—Ya —respondo repentinamente tenso. Evan me conoce mejor que nadie, por lo que no tarda en notar el cambio en mi actitud.

—Intenta pensar en otra cosa, ¿vale? Solo por esta noche

—me anima chocando su hombro contra el mío—. Disfruta, tío. No se cumplen diecinueve todos los días.

Asiento distraído y dejo que me guíe hasta la piscina. Evan no deja de sonreír a los invitados; se mueve con soltura porque *este* es su ambiente. También tiene bastante más libertad que yo. Desde que se mudó a Londres para estudiar en la universidad, es dueño de su vida y de sus decisiones. Compagina su carrera con YouTube porque es lo que le hace feliz. Y, sobre todo, no tiene a nadie cuestionando cada cosa, por absurda que sea, que decide publicar.

Somos diferentes en ese sentido. En primer lugar, porque Adam no me deja ni respirar. Y también porque creo que en el fondo esperaba que mamá se negara cuando le dije que quería dejar los estudios. Pero no lo hizo. Al contrario. Incluso me animó.

Avanzamos hasta los sofás de la piscina, que es donde suelen instalarse mis amigos. Normalmente somos cuatro, pero cuando llegamos solo vemos a Max. Se levanta de un salto y se acerca con una sonrisa. Me alegro de que haya venido, aunque en realidad no estemos tan unidos. Al menos sé que está aquí por mí.

—Te haces viejo, ¿eh? —me saluda al acercarse.

—Diecinueve años, tío —concuerta Evan palmeándome la espalda—. Y parece que fue ayer cuando estaba metiéndose lápices por la nariz.